

arruinada cuyo tejado, en forma de azotea, estaba cubierto de mugeres tapadas con largos velos blancos, semejantes á las sacerdotisas de los antiguos sacrificios, ó á las plañideras de los monumentos de Memfis.

“Cuando el gefe llegó á la sepultura, se apeó de su caballo y se echó en los brazos del gran sacerdote con vivas demostraciones de dolor; este le eeshortó á someterse á la voluntad de Dios, y á mostrarse digno de suceder á su hermano en el mando de la tribu. Llegó entre tanto la comitiva, formóse al rededor del templete; y resonaron los cantos de muerte mas penetrantes que hasta entonces;—aquellas lúgubres pantomimas, aquella pompa fúnebre aquellos himnos de desesperacion expresados en otra lengua, con otros ritos, nos parecen un vivo recuerdo de aquellas lamentaciones de que llenó Jeremías este mismo valle, y cuyo eco es todavía el mundo bíblico.”

## SALIDA DE JAJA.

La misma fecha.

Nos embarcamos con muy mal tiempo; las oleadas se estrellan en los peñascos levantando colinas de espuma; esperamos un momento detras de las peñas á que pase la marejada, y nos lanzamos á alta mar á fuerza de remos; las olas vuelven y nos levantan como un corcho; bajamos al abismo y perdemos de vista el bergantín y la playa.

Volvemos á subir y á bajar, y la espuma nos cubre con un velo de lluvia.

Al fin llegamos á los costados; del buque pero sus movimientos son tan recios que no nos atrevemos á acercarnos;—esperamos un momento favorable; nos tiran una cuerda, ponen la escalera y subimos al puente. El viento se vuelve contrario; permanecemos sobre dos anclas, espuestos á cada instante á naufragar si llega á romperlas el movimiento enorme de las olas.

Horas de angustias físicas y morales en aquel horrible vaiven; por la tarde y por la noche el viento silba, como en un órgano, entre los palos y las jarcias; el buque bate como un carnero que hiriese la

tierra con los cuernos, la popa se hunde en el mar y parece próxima á sumergirse siempre que llega la marejada y levanta la popa.

Oímos los gritos de los marineros árabes de algunos otros barcos, que han llevado á Jerusalem á los pobres peregrinos griegos. Aquellos pequeños barcos, cargados algunos de dos ó trescientas mugeres y niños, intentan dar la vela para huir de la costa; algunos pasan junto á nosotros; las mugeres lanzan gritos tendiéndonos las manos; las oleadas los sacuden como una pelota.

Algunos de aquellos barcos consiguen alejarse de la costa;—dos son arrojados á los bajos de la rada por la parte de Gaza; nuestras anclas ceden, y somos arrastrados hácia las peñas del puerto interior: el capitan hace echar otra. El viento calma, se vuelve un poco á nuestro rumbo, y huimos, con un cielo gris y brumoso, hácia el golfo de Damietta; perdemos de vista toda tierra, navegamos con mucha pestreza; pero el capitan y el teniente descubren con angustia signos precursores de una tempestad, que estalla en fin al anochecer; el viento refresca por horas, las olas parecen montañas; el buque resuena como si se rajara, todas las jarcias silban y vibran á impulso de los vendabales como fibras de metal;—aquellos agudos y lastimeros sonos se parecen á los lamentos de las mugeres griegas en las esequias de sus muertos; recogemos to-

das las velas, el buque rueda de uno á otro abismo, y cada vez que cae sobre el costado, parece que sus palos se derrumban en el mar como árboles tronchados; y las aguas salen al embate y cubren el puente; todos, escepto la tripulacion y yo, han bajado á los entrepuentes; se oyén los gemidos de los enfermos y el bamboleo de las cajas y de los muebles, que se golpean en el interior del bergantin; el mismo bergantin, á pesar de su rara solidez, parece que va á rajarse. El batir de las olas en la popa retumba como una salva de cañonazos; á las dos de la mañana la tempestad arrecia todavía; me ato con cuerdas al palo mayor, para que no me arrastren las oleadas, cuando el puente se ve casi perpendicular. Embozado en mi capa, contemplo aquel sublime espectáculo, y bajo de cuando en cuando al entrepuente para tranquilizar á mi muger que está tendida en su hamaca. El teniente, en medio de aquella horrible tormenta, no deja la faena mas que para pasar de un camarote á otro y llevar á cada cual los auxilios que esige su situacion;—hombre de hierro para el peligro y corazon de muger para la compasion;—así se pasa toda la noche. La salida del sol, de que no nos apercibimos sino en vista de la mustia claridad que se estiende sobre las olas y en las nubes confundidas, lejos de confundir la fuerza del viento, parece que la arrecia; vemos venir, desde tan lejos como al-

canza la vista, colinas de agua espumante detras de otras colinas.

Miéntas pasan, el bergantin voltea en todos sentidos, agobiado por una, levantado por otra, impelido á cada instante en una direccion nueva; hunde la proa como si fuera á sumergirse, y las olas le embisten por la popa y le cruzan en toda su longitud; de cuando en cuando se levanta: la mar, aplanada por el viento, parece á veces que no tiene olas y que no es mas que un campo de espumantes remolinos; luego empiezan las oleadas, y el buque va dando tumbos de precipicio en precipicio. En estas horribles alternativas se pasa el dia; el capitán me consulta: las costas de Egipto son muy bajas y el viento puede echarnos á ellas sin haberlas visto; las costas de Siria no tienen rada ni puerto; es preciso resolverse á ponerse al paio en medio de este mar, ó seguir el viento que nos impele hácia Chipre. Allí tendríamos una rada y un asilo, pero estamos á mas de ochenta leguas de este punto; mando enderezar la barra del timon hácia la isla de Chipre, el viento nos hace navegar tres leguas por hora; pero la mar no se sosiega. Algunas gotas de caldo frio sostienen las fuerzas de mi muger y de mis compañeros, que siguen tendidos en sus hamacas; yo tambien como algunos pedazos de bizcocho y fumo con el capitán y el teniente, siempre en la misma actitud sobre cubierta, junto

á la vitácora, asido á las jarcias, que me sostienen contra los embates del viento. La noche se echa encima, mas horrible todavía; los nubarrones pesan sobre el mar, todo el horizonte arde en relámpagos, todo es fuego en derredor nuestro; las crestas de las olas confundidas con las nubes parece que fulminan rayos; tres caen junto á nosotros, y uno en el momento en que una ola colosal tumba el bergantin de costado; las vergas se hunden en el agua, los palos golpean las olas, y la espuma que hacen botar se lanzan como una capa de fuego rasgada, cuyos girones dispersa el viento, semejantes á serpientes de llama: toda la tripulacion lanza un grito: parece que nos precipitamos en el crater de un volcan;—aquel fué el efecto de tempestad mas tremendo y admirable que ví en aquella larga noche; nueve horas pasamos así; á cada minuto creemos ver nuestros mástiles inflamados caer sobre nosotros y abrasar la nave.

Por la mañana, el cielo aparece menos cargado; pero el mar semeja una hirviente lava; el viento que se aplanaba un poco y que ya no sostiene el buque, hace mas pesado el balance:—debemos hallarnos á treinta leguas de la isla de Chipre. A las once empezamos á ver tierra, y de hora en hora va blanqueando mas, estamos en frente de Limasol, uno de los puertos de aquella isla; navegamos á todo trapo: la mar va sosegándose mas y mas, y

seguimos la direccion de las costas á dos leguas de la playa buscando la rada de Larnaca, donde ya vemos los mástiles de muchos buques que han buscado en ella un refugio, como nosotros; el viento recobra su furia y en pocos instantes nos impele á aquel asilo; el impulso del buque es tan recio que tememos que se nos rompan los cables al echar el ancla; pero al cabo la echamos, garra algunas brazas y muerde el fondo. Nos hallamos en una mar todavía picada, pero cuyas olas no hacen mas que mecernos sin peligro; veo los mástiles del pabellon de los cónsules europeos de Chipre que nos saludan, y la azotea del consulado de Francia, donde nuestro amigo, M. Bottu, nos hace seña de reconocimiento: todos se quedan á bordo:—mi muger no podria volver á ver, sin desgrràrsele el corazon, á aquella escelente y feliz familia de M. Bottu que, hace quince meses, la agasajó tanto cuando ella tambien era feliz.

Salto en tierra con el capitan; recibo de M. y Madama Bottu, de los señores Perthier y Guillois, jóvenes franceses agregados al consulado, las muestras de bondad y afecto que aguardaba de ellas; visito al señor Mathei, banquero griego á quien voy recomendado; enviamos provisiones de todo género á bordo, y á ellas añade el señor Mathei regalos de vinos de Chipre y carneros de Siria. Miéntras recorro las cercanías del pueblo con M. Bottu, vuelve á empezar la tempestad; ya no se

puede comunicar con los buques fondeados en la rada: las olas cubren los muelles y lanzan su espuma hasta las ventanas de las casas;—paso una noche horrible asomado á la ventana de mi cuarto, en el consulado de Francia, mirando el bergantin donde está mi muger, bamboleada en la rada por inmensas oleadas, temblando á cada instante de que garren las anclas y arrojen el buque en los arrecifes con todo lo que me resta de mi felicidad en este mundo.

A la tarde siguiente, el mar se calma en fin; volvemos á bordo y pasamos tres horas en la rada aguardando mejores vientos, y visitados sin cesar por el señor Mathei y M. Bottu. Este jóven y amable cónsul era de todos los agentes franceses en Oriente el que mas cordialmente recibia à sus compatriotas, y mas honraba el nombre de su nacion; yo le estaba agradecidísimo por lo mucho que me habia agasajado las dos veces que estuve en Chipre; era feliz, rodeado de una esposa cara á su corazon, y de hijos que formaban toda su delicia:—ahora me dicen que la muerte le hirió pocos dias despues de nuestra partida; su empleo era el único caudal de su familia, y él consagraba ese caudal todo entero á llenar sus deberes de cónsul: su pobre viuda y sus interesantes hijos se hallan ahora á merced de la Francia, á la que supo servir y honrar.—¡Ojalá piense en ellos la Francia acordándose de él!

30 de Abril, 1833.

Damos la vela con vientos variables, y empleamos tres dias en doblar la punta Occidental de la isla dando bordadas hácia tierra.

Vemos el monte Olimpo, y Pafos y Amatonte:—hechicero aspecto de las costas y de las montañas de Chipre por este lado; esta isla seria la mas hermosa colonia del Asia-Menor; en el dia no tiene mas que treinta mil almas y podia sustentar y enriquecer millones de hombres; cultivable en todos sus puntos, fecunda, regada, con radas y puertos naturales en todos sus costados; colocada entre la Siria, la Caramania, el Archipiélago, el Egipto y las costas de Europa, seria el jardín del mundo.

3 de Mayo 1833.

Esta mañana descubrimos las primeras cimas de la Caramania, y el monte Tauro á lo lejos,—cimas desiguales y cubiertas de nieve como los Alpes vistos desde Leon:—vientos suaves y variables;—noches bellisimas;—cielo espléndido tachonado de estrellas.

Entramos de noche en el golfo de Satalia:—aspecto de este golfo semejante á un mar interior:—el viento se aplana:—el buque duerme como sobre un lago;—á cualquier lado que se vuelva la vista, cae sobre el montañoso engarse de las bahías:—planos de montañas de todas las formas y alturas huyen unos detras de otros, dejando á veces entre sus desiguales cimas altos valles donde nada la plateada luz de la luna;—blancos vapores se deslizan sobre sus laderas, y sus crestas se pierden entre olas de pálida púrpura:—detras se alzan las angulosas cimas de Tauro con sus dientes de nieve:—algunos cabos bajos y frondosos se prolongan de trecho en trecho dentro del mar, y pequeñas islas, semejantes á buques al ancla, se destacan á veces de la orilla:—un profundo silencio reina en el mar y en la tierra:—no se oye mas que el ruido que hacen los delfines lanzándose de cuando en cuando del seno de las aguas para triscar como cabritillos en un prado; las olas tersas y jaspeadas de plata y oro parecian istriadas como columnas jónicas tendidas por el suelo:—el bergantin no experimenta la menor oscilacion; á media noche se alza una brisa de tierra que nos hace salir lentamente del golfo de Satalia y rasar las costas del Asia-Menor hasta la altura de Castelrozzo.

Entramos en todos los golfos, y casi tocamos la costa:—las ruinas de esta tierra que formaba varios reinos, el Ponto, la Capadocia, la Bitinia, tierra

vacía y solitaria ahora, se dibujan sobre los promontorios; los valles y los llanos están cubiertos de selvas donde los turcomanos plantan sus tiendas en invierno:—en verano está desierto, excepto algunos puntos de la costa, como Tarsus, Satala, Castelrozzo y Marmorizza, en el golfo de Macri.

Mayo 1833.

La corriente que reina á lo largo de la Caramania nos impele hácia la punta de este continente y al desembocadero del golfo de Macri; durante la noche, damos bordadas para acercarnos á la isla de Rodas:—el capitan, temiendo la procsimidad de la costa de Asia con el viento de oeste que empieza á soplar, nos echa á alta mar:—nos despertamos casi a la vista de Rodas.

Vemos à corta distancia de nuestro bergantin de conserva el *Alceste*, pero el calmazo nos impide acercarnos á él en todo el dia;—al anoecer, una fresca ventolina nos interna en el golfo de Marmorizza, y al rayar el dia fondeamos en el puerto de Rodas.

Mayo, 1833.

Pasamos tres dias recorriendo las cercanías de Rodas:—sitios bellísimos en las laderas de la montaña que mira al Archipiélago. Al cabo de dos horas de marcha por la playa, entro en un valle al que dan sombra hermosos árboles y que riega un arroyuelo; siguiendo las orillas del arroyo trazadas por los oleandros, llego á una reducida meseta que forma el último escalon del valle, donde hay una casita habitada por una pobre familia griega;—la casa, casi enteramente cubierta por las ramas de las higueras y de los naranjos, tiene, en su huerto, las ruinas de un templete de las ninfas, una gruta y algunas columnas y capiteles esparcidos, medio tapados por la yedra y las raices de los arbustos: encima hay una praderita de dos ó trescientos pasos de anchura, con una fuente donde crecen dos ó tres sicomoros, uno de los cuales da sombra èl solo á toda la pradera:—este es el árbol sagrado de la isla; los turcos le respetan, y por haber un dia un pobre labrador griego cortado una rama de aquel árbol, el bajá de Rodas le hizo dar una paliza. No es cierto que los turcos degraden la naturaleza ó las obras del arte; todo lo dejan como está: su único medio de arruinarlo todo es no mejo-

rar nada. Encima de la pradera y de los sicomoros, las colinas que se alzan verticalmente ostentan pinares y abundan en torrentillos que abren barrancas en sus faldas; luego las altas montañas de la isla señorean y dan sombra á las colinas, al prado y á la fuente. Desde las orillas de la fuente, donde estoy tendido, veo, por entre las ramas de los pinos y de los sicomoros, el mar del Archipiélago de Asia, que parece un lago sembrado de islas, y los profundos golfos que se internan entre las altas y sombrías montañas de Macri, todas coronadas de almenas de nieve; no oigo mas que el rumor de la fuente, el del viento en las hojas, el vuelo de un *bulbul* (ruiseñor) asustado de mi presencia, y el triste canto de la labradora griega que está cunando á su hijo en el techo de su cabaña.

¡Cuán delicioso me hubiera parecido este sitio hace seis meses!

Encuentro en un sendero de las altas montañas de Rodas á un caudillo chipriota, vestido á la europea, pero con gorro griego y larga barba blanca. Le reconozco; se llama Teseo; es sobrino del patriarca de Chipre, y se ha distinguido en la guerra de la independencia. De vuelta en Chipre despues de la pacificacion de la Morea, su nombre, su talento, su actividad, le han ganado la poblacion griega de Chipre. En la época del levantamiento que hubo en esta isla, los montañeses se pusieron

á sus órdenes; empleó su influjo para sosegarlos, y despues de haber obtenido, de acuerdo con M. Botu, el cónsul de Francia, la reparacion de algunas ofensas, dispersó su gente y se refugió en el consulado de Francia para sustraerse á la venganza de los turcos. Un buque griego le ha traído á Rodas, donde no está en seguridad; le ofrezco un camarote en uno de mis bergantines, donde en efecto se refugia.

Le llevaré á Constantinopla, á Grecia ó á Europa, como quiera. Es un hombre que constantemente ha jugado su vida y su hacienda contra el destino,—hombre lleno de ingenio y de audacia, que habla todas las lenguas, conoce todos los países, tiene una conversacion amena é inagotable, y en quien la accion es tan rápida como el pensamiento; uno de esos hombres, cuya naturaleza es el movimiento, y que se elevan, como los pájaros de las tempestades, con el torbellino de las revoluciones para caer con ellas. La naturaleza forma pocas almas de este temple:—los hombres de esta disposicion son generalmente desgraciados: se los teme, se los persigue; serian admirables instrumentos si se supiese emplearlos bien.

Envio una barca á Marmorizza con un jóven griego que se quedará á esperar mis caballos y dará órden á mis sais de que vayan á reunirse conmigo en Constantinopla. Nos decidimos á ir por

mar, visitando las islas de la costa de Asia y las orillas del continente.

Damos la vela á media noche con buen viento; doblamos el cabo Krio en la tarde del primer día; —hermosa y dulce navegacion entre las islas de Piscopia, de Nisyra y la isla encantada de Cos, patria de Esculapio. Despues de Rodas, Cos me parece la isla mas risueña y graciosa de este archipiélago; —bellísimas aldeas, sombreadas por hermosos plátanos, ciñen sus márgenes; la ciudad es alegre y muy elegante. Por la tarde, nós hallamos como extraviados con nuestros dos bergantines, en medio de un laberinto de islitas desiertas, todas alfombradas de espesa y alta verdura; hay entre ellas lindísimos canales, y casi todas tienen pequeñas ensenadas donde podrian fondear los buques:—¡qué de encantadoras moradas para los hombres que se quejan de que les falta espacio en Europa! Estas islas tienen el clima y la fertilidad de Rodas y de Cos: un inmenso continente está á dos leguas; damos bordadas sin fin entre este continente y esas islas, y vemos al sol brillar sobre las grandes ruinas de las ciudades griegas y romanas del Asia Menor. Al día siguiente nos despertamos en el estrecho Boghaz de Samos, entre esta isla y la de Ikaria; la alta montaña que forma casi solá la isla de Samos, está sobre nuestras cabezas, cubierta de peñascos y de pinares; en medio de esas peñas vemos mugeres y niños. La

poblacion de Samos, sublevada este momento contra los turcos, se ha refugiado en la montaña; los hombres están armados en la ciudad y en las costas. Samos es una montaña del lago de Lucerna, iluminada por el cielo de Asia: solo un angosto canal la separa del continente. Una tempestad nos sorprende en el golfo de Scala-Nova, no lejos de las ruinas de Efeso; entramos por la mañana en el canal de Scio, y buscamos un asilo en la rada de Tcheshmé, célebre por la destruccion de la armada otomana por Orloff. La bellísima isla de Scio se estiende como una verde colina al otro lado de un gran rio; sus casas blancas, sus ciudades, sus aldeas, agrupadas en las umbrosas cumbres de sus collados, brillan entre los naranjos y los pámpanos; lo que subsiste anuncia una inmensa prosperidad reciente y una numerosa poblacion. El régimen turco, salva la servidumbre, no habia podido sofocar la índole activa, industriosa, mercantil, cultivadora de las poblaciones griegas de estas hermosas islas; no conozco nada en Europa que presente mayor aspecto de riqueza que Scio; es un jardín de sesenta leguas de circuito.